

EL DERECHO A DISENTIR

PARA EL OBSERVADOR lego que asista a algunas sesiones médicas, debe ser notorio que hay pocas oportunidades para disentir y aún para preguntar. Pareciera que todo el mundo lo sabe todo, y que, quien habla, pontifica. Querer preguntar en público, ante testigos, parece hacerse cada vez más difícil. No porque dejen de responderse las preguntas, sino por el cariz personal que puede adquirir la situación entre el interrogante y el interpelado. Con frecuencia hacemos caso omiso del objeto de estudio y no recibimos la pregunta u opinión como una actitud de quien quiere saber o aclarar, sino "adpersonam". De esta manera, consciente o inconsciente condicionamos la respuesta con la intención, que suponemos, nos fue formulada. Esto significa que a veces no somos capaces de apreciar la genuina sinceridad de quien públicamente nos pregunta. Por lo mismo, no podemos abstraernos a responder concretamente sobre el tema, como simples vehículos de información, sino pensamos que la pregunta implica, también una intención personal ajena a las exigencias puramente académicas. Es decir, no aguzamos la perspicacia, sino la suspicacia y, desde esta posición recelosa, dirigimos la respuesta sintiéndonos vigilados y asediados por quien a nuestro parecer nos ha puesto en el predicamento de defender, ante espectadores, nuestro prestigio, que no es nuestra verdad. ¿De dónde parte esta actitud? Nos parece que de esa idea que se ha repetido desde la infancia: "No saber, es malo". Siempre supimos que al que no sabía se le castigaba, y ahora, adultos, si se nos pregunta "tenemos que saber" o "solemos fingir que sabemos" (a veces aunque no estemos obligados) y, si preguntamos, entonces "van a descubrir que no sabemos". ¡Cómo vamos a confesarnos ignorantes! Esta idea nos resta humildad intelectual y nos aleja de la oportunidad de aprender: si "ya sabemos", y una cosa no se aprende dos veces "ya no queremos saber" porque no nos queda nada por saber. (Nótese la doble negación paradójicamente afirmativa). En consecuencia, son entonces los demás los que "deben saber".

Si esta posición de soberbia intelectual perjudicara sólo a quien la adopta, menos mal, pero las consecuencias afectan a los asistentes; para ellos, la libre exposición de las ideas puede arrojar luz sobre la materia. De los asistentes se afecta en mayor proporción a quienes no habiendo tenido oportunidad de aprender, han llegado a un centro académico con la disposición de "querer saber". En otras ocasiones la obcecación puede determinar conductas terapéuticas o manejo de enfermos; así con la aparente "buena fe" de quien por soberbio es contumaz, puede derivarse un perjuicio para enfermos a quienes (parece que esto no se repite suficientemente) estamos obligados a servir.

Por lo anterior se verá que no siempre "los enfermos que llegan a la

autopsia revelan la insuficiencia de los conocimientos humanos" como quiere Siegerit; también demuestran la inmadurez de algún doctor; la ignorancia crasa, a veces punible, de quien debiendo saber algo oportunamente, lo ignoraba, o la negligencia de cualquier miembro de los servicios.

En otros países la legislación prevée el delito de negligencia profesional para proteger a la persona frente a los excesos y omisiones profesionales o institucionales; en el nuestro, no basta apelar a la sinceridad que para consigo mismo tenga el médico, sino al libre concurso de los criterios y opiniones. La conocida máxima que reza "si no puedo ser imparcial, prometo ser sincero" que aparentemente resolvería el problema, es notoriamente inadecuada para el terreno técnico y científico, pues sólo establece una norma de conducta para aquellos que en materia ideológica o política deben adoptar una posición determinada, con tal de que sea auténtica, mas no, como obviamente es el caso, para aquellos otros que, como los médicos, no deben hacer un problema de actitud personal lo que debe ser una evaluación objetiva de datos; un problema de interpretación de hechos. En él, como se ha dicho, debe campea el espíritu crítico académico, el examen público y libre: dejemos de preocuparnos sobre qué criterio ha de prevalecer; abandonemos los posesivos de primera y segunda personas, busquemos el de la tercera persona en cuestión, ¿qué tiene el enfermo?

Lo que se dice en una sesión o en un aula, tiene un valor momentáneo por su oportunidad, cumple con la función de informar, confirmar, prevenir y decidir criterios y conductas. De ninguna manera sienta precedente absoluto de verdad, dígala quien sea. Es tan sólo un aporte de datos circunstanciales y por tanto efímero, aunque sus consecuencias no lo sean.

Los reservorios de la verdad no son pues las sesiones, ni conferencias, ni siquiera los seminarios ni simposia; éstos son únicamente los medios orales y transitorios del conocimiento y sus novedades. Los hombres no podemos confiar en la permanencia efímera del lenguaje verbal, como depósito del conocimiento y la experiencia, tan difícilmente obtenidos. El acervo, el terreno de las liberaciones, el portador de la ciencia, es el lenguaje escrito en el libro, artículo, ensayo y monografía que compendian y exponen a la luz crítica los productos de la investigación, observación, deliberación y creación a cualquier nivel.

La susceptibilidad y el abuso de la autoridad intelectual son dos posturas que obstaculizan los medios docentes e inspiran soluciones prácticas inadecuadas. La susceptibilidad extrema de una persona para ser interrogada o contradicha, obliga a un silencio negativo por parte de quien tiene algo que decir, algo que puede ser pertinente porque pueda traducirse en enseñanza o conducta médica. Para quien no busca confrontamientos personales, es más fácil callar; así, sin abollar prestigios ni romper coronas, evitamos problemas; es más cómodo adoptar el "Laissez Faire". Esta actitud de "dejar de hacer" es apenas aconsejable cuando nuestra participación no ha de modificar sustancialmente los resultados. Pero cuando nos abstenemos de actuar a sabiendas de la oportunidad y beneficio de nuestra opinión, entonces estamos a fuer de débil carácter, haciendo el juego a quien cree estar siempre asistido por la razón. Esta debilidad de carácter, que permite omisiones voluntarias y concesiones peligrosas, nos mengua en lo personal en tanto que podamos arrepentirnos de no haber expresado una opinión prudente, pero

además, perjudica a la institución a la que tiene que decrecer tarde o temprano la eficiencia profesional.

La credibilidad y el prestigio se corresponden, pero una vez alcanzado éste, el afán de conservarlo puede ir en detrimento de la credibilidad, esto lo sabemos, por esta razón, aquel que bajo el amparo de su prestigio, hace valer su preponderancia, imponiendo criterios inafectables, traiciona en rigor los méritos gracias a los cuales obtuvo ese prestigio.

Siendo como es tan diverso el mundo del conocimiento y en particular tan variadas y extensas las disciplinas médicas, puede decirse que el saber, además de ser una categoría del ser, como dice Max Scheler, es también producto de su circunstancia, de su oportunidad.

Así como reconocemos la prioridad a saber que tiene quien cultiva una disciplina y por lo mismo procuramos su concurso, al lado de esa concesión, debemos reconocer en los demás la posibilidad de ignorar o de estar equivocados, como falta de oportunidad para aprender. No se trata de otorgar indulgencia, basta observar la estricta, prudente y necesaria tolerancia que nuestros propios yerros han de menester. Dentro de la libertad para la emisión del pensamiento, están implícitos, de igual modo la posibilidad de acertar como errar, por eso, tanto la opinión que expresa lo que estimamos verdadero, como aquella que se equivoca, deben de respetarse de igual manera. No debe olvidarse que es fácil ser tolerante con quien afirma y aprecia como nosotros, pero que el verdadero talón de Aquiles de la tolerancia sigue siendo el respeto a la opinión de quien disiente de nosotros.

Ciertamente todo intelectual que se precie de serlo, debe mantener una vigilancia continua sobre sí mismo, una cautela permanente que le evite caer en precipitación y ligereza. Pero para nadie es oculto que, ante la duda, es preferible una actitud inquisitiva a una pasiva, aún a riesgo de error, o para decirlo con palabras de Hegel es preferible "tener el valor de equivocarse". Esto no significa que queramos correr indeliberadamente la posibilidad de equivocarnos; significa una posición intelectual decidida en la que, agotamos todos los medios obtensibles de conocimiento, damos paso a una inquietud del espíritu y sin agravio de nadie, afrontamos el advenimiento de los hechos con una opinión. Esto no es un acto de audacia, sino de un alto valor reflexivo que se opone a la duda estéril; es el simple ejercicio de una facultad intelectual que como recurso final puede utilizar quien la posea.

Ni la veneración incondicional para el sabio, ni el desprecio manifiesto para el que ignora. Ambas son posiciones negativas. La veneración limita nuestra independencia de criterios y con ello nuestro desarrollo. El desdén, lesiona a quien quiere aprender. Una pregunta científicamente ingenua, respondida con sarcasmo, puede anular la participación futura de quien la hizo, amén de estropear las relaciones humanas.

Pisamos un terreno de ideas movedizas donde las drogas son nuevas, los conceptos son mutables y las generalizaciones son sólo marcos necesarios, pero transitorios para contener un cúmulo de ideas y hechos afines, cuyo control o manejo fuera difícil de otra manera. En consecuencia, la coartación de la libertad de opinión, representa una proyección personal de limitaciones o minusvalías de quien o quienes se arrogan el derecho de decir la única o la última palabra. En virtud de que la defensa de una postura asaz dogmática, no está orientada hacia la libre deliberación y concurso de las ideas, sino a la defensa enconada del prestigio de una personalidad suscep-

tible, que promueve su preponderancia sobre los demás, los resultados no pueden ser constructivos. En materia de docencia ningún feudo de opinión ha probado ser bueno. Una facultad, una escuela universitaria o un hospital que abren sus puertas y ventanas a las opiniones e inquietudes, son instituciones que tienen perspectivas amplias de mejoramiento de su personal médico y docente. No debe permitirse el culto a la personalidad de quien no demuestra respetar los intereses del enfermo o del alumno (que es como decir los institucionales) antes que los propios. No merece crédito de veraz quien no se ha acostumbrado a ver la argumentación ajena como otra opinión, que, por disidente que parezca, no representa una agresión, sino otro modo de ver las cosas con el que puede estarse en desacuerdo, pero siempre es respetable. Debe repetirse que una persona tiene derecho de estar equivocada, siempre y cuando crea sinceramente en su verdad. A lo que no tiene derecho es a adoptar la actitud del dómine: "magister dixit", "ergo dicta est", que sacrifica intereses mayoritarios por los personales. Recordemos la frase de Voltaire que condensa el espíritu abierto y tolerante: "No estoy de acuerdo con lo que dices, pero daría la cabeza por el derecho que tienes para expresarlo".

Hay valores morales y entendidos que jerárquicamente están supeditados en estructuras piramidales. Mediante el reconocimiento de esos valores, la capacidad de los más experimentados, puede orientar criterios y atemperar conductas que puedan ser agresivas por el entusiasmo de quien las propone. Bien está todo esto, pero en materia del conocimiento la subordinación es irrelevante, no tiene efecto; no privan otras prerrogativas que las del que dice poseer la verdad y puede demostrarla o referir la fuente de su origen. Si la verdad, con el dinamismo de los hechos, desdeña el tiempo y el espacio físico, más aún la edad y la jerarquía humana. Los fenómenos biológicos ocurren y se suceden de acuerdo con principios propios de causalidad, que pueden o no ser conocidos y controlados por los hombres. Sus leyes son del todo independientes a la madurez emocional y las relaciones interpersonales de quien dice, en un momento dado, conocerlas. La verdad está allí, a fuer de repetirse, nos parece estable y regular. Somos nosotros los mutables (encarnación de lo variable), estamos diversamente constituidos para descubrirla, entenderla, interpretarla, saber transmitirla o sugerirla. Si alguna vez estuvo a nuestro alcance y no la retuvimos, ¿por qué pretender convocarla o improvisarla angustiosamente para transmitirla incompleta o deforme? Hay otras verdades que poseemos en mayor o menor grado, al decir las, ellas sabrán hablar por nosotros. Entonces tendrán toda la fuerza y el crédito de quien, como quería Tagore "su fama no va más allá de su verdad". Los hombres no somos más que vehículos de información oral o escrita del acontecer. No pretendamos encerrarlo todo en lo poco que al fin y al cabo, somos.

DR. FERNANDO GARCÍA ROJAS.

Profesor de Patología de la Fac. de Med.
(UNAM).

Patólogo del Inst. Nal. de la Nutrición